

El misterio revelado con respecto al Santuario

El pasaje bíblico que por encima de todos había sido tanto el fundamento como la columna central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14, RV60). Estas habían sido palabras muy familiares para todos los que creían en la pronta venida del Señor. Pero el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar errada. Pero ¿dónde estaba el error?

Dios había conducido a su pueblo en el gran movimiento adventista. Él no permitiría que este terminara en la oscuridad y el chasco, y que fuera tildado de falso y fanático. Aunque muchos abandonaron el cómputo de los períodos proféticos y denunciaron el movimiento que se basaba en ellos, otros no estaban dispuestos a renunciar a esos puntos de fe y a la experiencia sostenida por las Escrituras y por el Espíritu de Dios. Su deber consistía en sostener firmemente las verdades ya conquistadas. Con ferviente oración, estudiaban las Escrituras para descubrir su error. Al no discernir ninguna equivocación en su cómputo de los períodos proféticos, examinaron en forma más diligente el tema del Santuario.

Descubrieron que no había evidencia en la Biblia que sostuviera la idea popular de que la Tierra es el Santuario; por otra parte, hallaron una explicación plena del Santuario, su naturaleza, su localización y sus servicios:

“Ahora bien, el primer pacto tenía sus normas para el culto, y un santuario terrenal. En efecto, se habilitó un tabernáculo de tal modo que, en su primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes consagrados. Tras la segunda cortina estaba la parte llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía el altar de oro para el incienso y el arca del pacto, toda recubierta de oro. Dentro del arca había una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que había retoñado, y las tablas del pacto. Encima del arca estaban los querubines de la gloria, que cubrían con su sombra el lugar de la expiación” (Hebreos 9:1-5).

El “Santuario” era el tabernáculo edificado por Moisés por orden de Dios, como una morada terrenal del Altísimo. “Me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes” (Éxodo 25:8), fue la orden dada a Moisés. El tabernáculo era una estructura de gran magnificencia. Además del atrio exterior, el tabernáculo en sí mismo consistía en dos departamentos, llamados Lugar Santo y Lugar

Santísimo, separados por una hermosa cortina o velo. Un velo similar cerraba la entrada al primer departamento.

El Lugar Santo y el Lugar Santísimo

En el Lugar Santo, hacia el sur, estaba el candelabro con sus siete lámparas que daban luz tanto de día como de noche; en el lado norte se hallaba la mesa de los panes de la proposición. Ante el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo estaba el altar de oro del incienso, desde el cual la nube de fragancia ascendía diariamente delante de Dios con las oraciones de Israel.

En el Lugar Santísimo estaba el arca, un cofre recubierto de oro, depósito de los Diez Mandamientos. Sobre el arca estaba el propiciatorio, coronado por dos querubines labrados de oro sólido. En este departamento la presencia divina se manifestaba en la nube de gloria que había entre los querubines.

Después del establecimiento de los hebreos en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón que, aunque era una estructura fija y estaba construido según una escala mayor, observaba las mismas proporciones y estaba amueblado de manera similar. De esta forma, el Santuario existió –excepto durante el tiempo en que estuvo en ruinas en la época de Daniel– hasta su destrucción por parte de los romanos en el año 70 d.C. Este es el único Santuario de la Tierra del cual la Biblia ofrece alguna información, el Santuario del primer pacto. Pero ¿no tiene Santuario el Nuevo Pacto?

Volviendo otra vez al libro de los Hebreos, los que buscaban la verdad hallaron que había una referencia indirecta a un Santuario del Nuevo Pacto en las palabras ya citadas: “En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo” (VM). Volviendo al comienzo del capítulo anterior, leyeron: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, aquel que se sentó a la derecha del trono de la Majestad en el Cielo, el que sirve en el santuario, es decir, en el verdadero tabernáculo levantado por el Señor y no por ningún ser humano” (Hebreos 8:1, 2).

Aquí se revela el Santuario del Nuevo Pacto. El Santuario del primer pacto fue construido por Moisés; este ha sido erigido por Dios. En aquel Santuario –el terrenal–, sacerdotes terrenales realizaban sus servicios; en este –el Santuario del Cielo–, Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, ministra a la diestra de Dios. Un Santuario estaba en la Tierra, el otro está en el Cielo.

El tabernáculo edificado por Moisés fue hecho según un modelo. El Señor indicó: “El santuario y todo su mobiliario deberán ser una réplica exacta del modelo que yo te mostraré” (Éxodo 25:9). “Procura que todo esto sea una réplica exacta de lo que se te mostró en el monte” (Éxodo 25:40). El primer tabernáculo “era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios” (Hebreos 9:9, RVA); sus santos lugares eran “representaciones de las cosas en los cielos” (Hebreos 9:23, NBLA). Los sacerdotes ministraban lo que era “copia y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5, NBLA). “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro” (Hebreos 9:24).

El Santuario del Cielo es el gran original del cual el Santuario edificado por Moisés era una copia. El esplendor del tabernáculo terrenal reflejaba las glorias de ese templo celestial donde Cristo ministra en nuestro favor ante el trono de Dios. El Santuario terrenal y su servicio enseñaban importantes verdades concernientes al Santuario celestial y a la redención del ser humano.

Los dos departamentos

Los santos lugares del Santuario celestial son representados por los dos departamentos del Santuario de la Tierra. A Juan se le concedió una visión del templo de Dios en el Cielo. Él contempló allí “siete lámparas de fuego” que ardían “delante del trono” (Apocalipsis 4:5, RV60). Vio a un ángel que tenía “un incensario de oro, y se le entregó mucho incienso para ofrecerlo, junto con las oraciones de todo el pueblo de Dios, sobre el altar de oro que está delante del trono” (Apocalipsis 8:3). El profeta contempló el primer departamento del Santuario del Cielo y vio allí las “siete lámparas de fuego” y el “altar de oro”, representado por el candelabro de oro y el altar del incienso del Santuario que había en la Tierra.

De nuevo “se abrió en el cielo el templo de Dios”, y él contempló dentro del velo interior, el Lugar Santísimo. Allí observó “el arca de su pacto”, representada por el cofre construido por Moisés para contener la Ley de Dios (Apocalipsis 11:19).

De esta manera, los que estaban estudiando el tema encontraron prueba indisputable de la existencia de un Santuario en el Cielo. Y Juan da testimonio de que vio el Santuario en el Cielo.

En el templo del Cielo, en el Lugar Santísimo, está la Ley de Dios. El arca que contiene la Ley está cubierta por un propiciatorio, ante el cual Cristo intercede en virtud de su sangre en favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de redención, una unión que llena el Cielo de admiración. Este es el misterio de la misericordia que los ángeles desean contemplar: que Dios puede ser justo mientras justifica al pecador arrepentido; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes de la perdición y vestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia.

La obra de Cristo como intercesor del ser humano se presenta en Zacarías: “Edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su trono [el del Padre], siendo Sacerdote sobre su trono; y el consejo de la paz estará entre los dos” (Zacarías 6:12, 13, VM).

“Edificará el Templo de Jehová”. Por su sacrificio y mediación, Cristo es el fundamento y el edificador de la iglesia, “la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:20, 21). “Llevará sobre sí la gloria”. El canto de los redimidos será: “Al que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, [...] ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” (Apocalipsis 1:5, 6).

“Se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono”. El reino de gloria no se ha establecido aún. Solo cuando su obra mediadora haya terminado, Dios le dará un reino que “no tendrá fin” (S. Lucas 1:33). Como sacerdote, Cristo

está sentado ahora con el Padre en su trono. Sobre el trono hay uno que “cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores” (Isaías 53:4), uno que fue “tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (Hebreos 4:15), para que pudiese “socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18). Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados abogan en favor del ser humano caído, cuya redención fue comprada a un precio tan infinito.

“Y el consejo de la paz estará entre los dos”. El amor del Padre es la fuente de la salvación para la raza caída. Jesús dijo a sus discípulos: “El Padre mismo los ama” (S. Juan 16:27). “En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (S. Juan 3:16).

El misterio del Santuario resuelto

El “verdadero tabernáculo” en el Cielo es el Santuario del Nuevo Pacto. A la muerte de Cristo, el servicio típico simbólico terminó. Al cumplirse Daniel 8:14 en esta dispensación, el Santuario al cual se refiere debe ser el Santuario del Nuevo Pacto. Así, la profecía (“hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”) señala al Santuario que está en el Cielo.

Pero ¿qué es la purificación del Santuario? ¿Puede haber algo en el Cielo que deba ser purificado? En Hebreos 9 se explica claramente tanto la purificación del Santuario terrenal como la del celestial: “De hecho, la ley exige que casi todo sea purificado con sangre, pues sin derramamiento de sangre no hay perdón. Así que era necesario que las copias de las realidades celestiales fueran purificadas con esos sacrificios [por la sangre de animales], pero que las realidades mismas lo fueran con sacrificios superiores a aquellos” (Hebreos 9:22, 23), con la sangre preciosa de Cristo.

La purificación del Santuario

La purificación en el servicio real debe efectuarse con la sangre de Cristo. “Sin derramamiento de sangre no hay perdón”. El perdón, o sea, el acto de quitar los pecados, es la obra que debe hacerse.

Pero ¿cómo podía relacionarse el pecado con el Santuario del Cielo? Esto puede descubrirse estudiando el servicio simbólico, porque los sacerdotes en la Tierra ministraban “en un santuario que es copia y sombra del que está en el cielo” (Hebreos 8:5).

El servicio del Santuario terrenal consistía en dos partes: los sacerdotes ministraban diariamente en el Lugar Santo, en tanto que, una vez al año, el sumo sacerdote realizaba una obra especial de expiación en el Lugar Santísimo, para la purificación del Santuario. Día tras día el pecador arrepentido traía su ofrenda y, colocando sus manos sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos figurativamente de sí mismo al inocente sacrificio. Entonces el animal era sacrificado. “La propiciación se hace por medio de la sangre” (Levítico 17:11). La Ley quebrantada de Dios demandaba la vida del transgresor.

La sangre, que representaba la vida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al Lugar Santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba la Ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido figurativamente al Santuario. En algunos casos, la sangre no se llevaba al Lugar Santo, en cuyo caso el sacerdote comía la carne. Ambas ceremonias simbolizaban la transferencia del pecado del penitente al Santuario.

Tal era la obra que se efectuaba durante todo el año. Los pecados de Israel eran así transferidos al Santuario, y debía hacerse una obra especial para su eliminación.

El gran Día de la Expiación

Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para la purificación del Santuario. Se tomaban dos machos cabríos y se echaban suertes sobre ellos, “uno para el Señor y otro para soltarlo en el desierto” (Levítico 16:8). El macho cabrío para el Señor era sacrificado como ofrenda por el pecado en favor del pueblo, y el sacerdote debía llevar la sangre pasando el velo para salpicarla ante el propiciatorio, y también sobre el altar del incienso que estaba delante del velo.

“Cuando Aarón haya terminado [...], presentará el macho cabrío vivo, y le impondrá las manos sobre la cabeza. Confesará entonces todas las iniquidades y transgresiones de los israelitas, cualesquiera que hayan sido sus pecados. Así el macho cabrío cargará con ellos, y será enviado al desierto por medio de un hombre designado para esto. El hombre soltará en el desierto al macho cabrío, y este se llevará a tierra árida todas las iniquidades” (Levítico 16:20-22). El macho cabrío emisario no volvía más al campamento de Israel.

La ceremonia estaba destinada a inculcar en la mente de los israelitas la santidad de Dios y su aborrecimiento hacia el pecado. Se exigía que toda persona afligiera su alma mientras se realizaba esta ceremonia de expiación. Se debía dejar de lado toda ocupación, y los hijos de Israel pasaban el día en oración, ayunando e investigando sus corazones.

Se aceptaba un sustituto en lugar del pecador, pero el pecado no era cancelado o borrado con la sangre de la víctima; era transferido al Santuario. Con la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la Ley, confesaba sus transgresiones y expresaba su fe en un Redentor que habría de venir; pero aún no estaba totalmente libre de la condenación de la Ley. En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote, habiendo recibido una ofrenda de parte de la congregación, entraba en el Lugar Santísimo. Salpicaba la sangre de esta ofrenda sobre el propiciatorio, directamente sobre la Ley, para satisfacer sus exigencias. Entonces, como mediador, tomaba los pecados sobre sí mismo y los llevaba fuera del Santuario. Luego, colocando sus manos sobre la cabeza del macho cabrío emisario, transfería figurativamente todos los pecados de sí mismo al macho cabrío. Por último, el macho cabrío emisario los llevaba sobre sí a un lugar lejano, y se los consideraba como quitados para siempre del pueblo.

El servicio celestial

Lo que se hacía simbólicamente en el ministerio del Santuario terrenal, se realiza en la realidad en el Santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador comenzó su obra como Sumo Sacerdote: “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro” (Hebreos 9:24).

El servicio realizado por el sacerdote en el primer departamento, “detrás del velo” que separaba el Lugar Santo del patio exterior, representa la obra iniciada por Cristo en el momento de su ascensión. El sacerdote, en el servicio diario, presentaba delante de Dios la sangre de la ofrenda ofrecida por el pecado y también el incienso que ascendía con las oraciones de Israel. Así intercede Cristo mediante su sangre ante el Padre en favor de los pecadores y presenta delante de Dios, con la fragancia de su propia justicia, las oraciones de los pecadores arrepentidos. Tal fue el ministerio que realizó él en el primer departamento del Santuario celestial.

Hasta allí los discípulos de Cristo lo siguieron por medio de la fe cuando él ascendió al Cielo. Allí, dice Pablo, “tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre” (Hebreos 6:19, 20). “Entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo. No lo hizo con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno” (Hebreos 9:12).

Durante 18 siglos esta obra continuó en el primer departamento del Santuario. La sangre de Cristo derramada en favor de los pecadores arrepentidos les aseguraba ante el Padre el perdón y la aceptación; sin embargo, sus pecados continuaban en los libros de registro. Así como en el servicio simbólico había una obra de expiación al final del año, así también, antes que termine la obra de Cristo en favor de los seres humanos, hay una obra de expiación para la eliminación del pecado del Santuario. Esta obra comenzó cuando terminaron los 2.300 días. En ese momento, nuestro Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para limpiar el Santuario.

Una obra de juicio

En el Nuevo Pacto, los pecados de las personas arrepentidas son colocados por la fe sobre Cristo y transferidos de hecho al Santuario celestial. Y así como la purificación simbólica del Santuario terrenal se realizaba quitando los pecados con los cuales este había sido contaminado, la verdadera purificación del Santuario celestial se realiza quitando o borrando los pecados allí registrados. Pero antes que esto pueda realizarse debe haber un examen de los libros de registro para determinar quién, por el arrepentimiento y la fe en Jesús, tiene derecho a los beneficios de su expiación. La purificación del Santuario, por lo tanto, implica una obra de investigación –una obra de juicio– anterior a la venida de Cristo, pues cuando él venga traerá su recompensa con él, para pagar a cada uno según lo que haya hecho (Apocalipsis 22:12).

De esta manera, los que siguieron la luz de la palabra profética vieron que, en lugar de que Cristo volviera a la Tierra al fin de los 2.300 días, en 1844 había

entrado en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para realizar la obra final de expiación que prepararía su venida.

Cuando Jesús, en virtud de su sangre, al final de su ministerio elimine del Santuario celestial los pecados del pueblo, él los colocará sobre Satanás, quien debe cargar con el castigo final. El macho cabrío emisario era despachado a una tierra no habitada, para que nunca más volviera a la congregación de Israel. Así Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores.